

CATALEJO Y ÁNGULO

Vivir e historiar

Daniel Rodríguez Rodero



Ángulo y catalejo, catalejo y ángulo, ¿con qué otro instrumento podríamos mirar? Al espectador le es preciso acercarse a las lejanías, dirigir su vista hacia ellas sabedor de que siempre habrá coordenadas que le queden más lejos, de que siempre habrá coordenadas que imiten, con su huidiza carrera, la raya del horizonte. El catalejo se ha convertido en su herramienta amiga; sus lentes le acercan lo remoto, lo sitúan ante los detalles más expresivos y fijan su mirada en la anécdota aparentemente trivial, en esa anécdota cotidiana y humilde que pugna por propulsarse hacia la categoría. Pero el diámetro de la lente también le acota los planos. Según el punto al que enfoque, verá un sector del paisaje u otro. Observar es asumir en cada momento una perspectiva fragmentaria y compleja, confusa y parcial, insuficiente y sesgada.

Al ampliar cada detalle, el catalejo revela un primor distinto, variados aspectos de la vida custodios de algún provecho. El espectador no puede detenerse; ha de proseguir su marcha con el telescopio bien sujeto en su mano, el ojo ágil, la otra mano aumentando o disminuyendo el nivel de ampliación, la cabeza ensanchando o estrechando el ángulo del cuello a la caza constante del símbolo, de la cotidianidad misteriosa, de ese hilo áspero y suave, multicolor y desteñido, con el que se teje, casi en secreto, la urdimbre de cada época.

Para *sociologizar* el mundo, el estudioso debe abstraer lo cotidiano, subir a la montaña para otear el valle y recurrir a la estadística, lo que es tanto como darle la vuelta al catalejo para ver reducidos y de un solo golpe los sucesos más abrasivos y preponderantes. Pero esa es tarea destinada a los científicos, a los *demoscómanos* (también llamados encuestadores), a los etólogos de multitudes. A lo que el espectador aspira es a centrarse en unos pocos hechos que se le antojen cabalmente significativos y a miniarlos en su cuadernito de bitácora, como si anhelase capturar entre sus hojas la insignificante mirada de un día también insignificante. No para construir un sistema, sino para conservar lo observado y remarcar su ruta de vivo con las diminutas migas de su testimonio.

Se trata, en definitiva, de andar —de andar mucho—, de andar y de ver, de abrir al máximo los ojos y quedarse entre medias con algún escorzo de lo observado, quizás con alguna reflexión a propósito de lo leído: de vivir e *intrahistoriar*.

El privilegio del idioma

¡Cuánto tengo que agradecer a los misericordiosos y clementes dioses haber nacido hispanohablante! Si hubiese nacido anglófono, me habría limitado a recibir la cultura anglosajona y nada sabría de la mediterránea. Pero gracias a que he nacido a finales del siglo xx con el español como lengua materna, me he visto obligado a aprender lo anglosajón sin salirme de lo latino; a asumir lo católico sin ignorar lo protestante ni lo pagano; a prolongar una cultura cuyo máximo esplendor se tiene por apagado desde el siglo xvii y a formarme parcialmente en otra que se siente llamada a brillar hasta el fin de los tiempos, incluso sobreponiéndose al Imperio Chino. Sí, sostengo que nacer hispanohablante hoy es la mayor ventaja concebible para comprender y ampliar la compleja y exuberante tradición de Occidente y de sus apéndices americanos.



Los modos del gentilicio

Dice el refrán que uno no es de donde nace sino de donde paca. Los nacionalistas de todos los partidos y de todas las latitudes peroran, en cambio, que en realidad uno es de donde se siente (a condición, claro, de que se sienta de donde debe sentirse). En el mundo hay tantas formas de llevar y sobrellevar el patriotismo como de llevar y sobrellevar el estómago. Conviene, pues, que exista variedad de frutas, de hortalizas, de pescados y carnes, y de cualesquiera otros comestibles.

Ocurre, para sorpresa de las psicologías templadas, que en el mercado de votos algunos consumidores gustan de coaligarse con los tenderos más intransigentes. Los adictos a la casquería —es un suponer— llevan tiempo aspirando a que el expositor de vísceras ocupe toda la plaza. Luego se lamentarán de que no encuentran cebollas (o laurel o harina) para cocinarlas a su gusto.

Harían bien en recordar los *hepatófagos* que, si comer perdiz todos los días termina aburriendo, con mayor razón han de cansarse de los nada versátiles menudillos o de los muy contundentes zarajos. El gentilicio, sobre ser un adjetivo bastante aleatorio, siempre ha admitido modos diversos. Pero gusta más cuando se sirve tibio y con guarniciones ligeras. Si no, al estómago le cae como una pedrada.



Estado de quiebra

Las formas de entender el Estado son múltiples y casi todas malas, precisamente porque las formas de padecerlo acostumbran a ser peores. Algunas, además, son absurdas y estupidizantes.

Recuerdo cierta ocasión en que un grupo de católicos de base —hasta hace no tanto uno era un creyente, si no fervoroso, sí comprometido con el Evangelio— visitamos un albergue de transeúntes en Bilbao, ciudad en la que ejercíamos nuestra modestísima labor. En el albergue, además de darnos de merendar como a burguesotes tripudos gracias a la gentileza de varias confiterías que velaban porque los sintecho también se sintieran dignos de comer pasteles (y esto de la dignidad tiene más que ver con sentirse querido e igual de aceptado que el resto de mortales que con otra cosa), nos explicaron que las ONG de allí funcionaban distinto a «las del resto del Estado». Sin entrar a valorar el fondo de la afirmación, a mí aquello me chirrió no poco. Las ONG del resto del Estado... ¿pero no quedamos en que las ONG son organizaciones no gubernamentales? Uno, en su jesuítica prudencia, tuvo que morderse los labios para no preguntar a qué estado se refería, si al sólido, al líquido, al gaseoso o al plasmático.

Cada vez que escucho llamar Estado a lo que no es estatal, me sacude el mismo escalofrío que cuando escucho sonoras y grandilocuentes apelaciones a la Patria o al verdadero y válido patriotismo: que me apiado enseguida de la bondad e inteligencia civil del pronunciante. Con el Estado, con la Patria y con los dioses, sucede lo mismo que con la luna en las seguidillas de Antonio Cáceres (publicadas por la editorial «Libros de canto y cuento»), que cada quisque tiene los suyos y más vale no traficar con ellos como si fueran cromos: «La luna de Machado / era su luna. / También Pessoa, Borges / tuvieron una. / A cada quien / la luna le ilumina. / Mírala bien».



Revisionismo del bueno

Torcuato Ulloa fue un periodista gallego que en 1893 publicó bajo el título de *Arlequinada* una recopilación de ar-

títulos suyos, desperdigados antes aquí y allá, en cabeceras regionales. De este hombre nos han llegado muy pocas cosas, pero entre ellas destaca una por la que acaso nos han llegado todas las demás. Y es que, en 1894, un joven Ramón María del Valle Peña, luego del Valle-Inclán, alabó aquel librito en una reseña publicada en *La Correspondencia Gallega*. La reseña está escrita con la prosa elegante, musical y exacta de sus mejores artículos, un género por el que apenas se le recuerda hoy a don Ramón para desgracia de quienes no lo hacen (pues si lo recordaran más a menudo, más a menudo disfrutarían de sus glosas).

Que un joven maestro, aún sin despuntar, elogie el primer libro de un periodista bien relacionado con los mandarines de la prensa galaica del momento (si bien tampoco mucho mejor relacionado que el reseñista), no debería extrañarnos. Que elogie sin reservas aunque sin ditirambos a un autor al que nadie tomará en cuenta, es cosa que sucede día sí y día también en este oficio nuestro de profetas gafes y brújulas inversas. Lo excepcional y lo hermoso es que un escritor al que la historia retrata como iracundo, malencarado y excéntrico se ufane en reseñar laudatoriamente el primer libro de un rival suyo en amores.

Que Valle-Inclán ensalce el talento y pronostique un gran futuro a quien le ha vencido en las oposiciones del cortejo «quedándose con la chica», no puede sino obligarnos a repensar la sustancia humana del personaje. Hay más heroísmo en este detalle generoso que en aquella milonga que tantas veces contó y cada vez de un modo distinto de que perdió el brazo en un hecho de armas, batiéndose en algún punto de Tierra Caliente, en el mejor servicio de su Majestad Católica.

O esto, o que el provecho que pudiera sacar de la incensada bien le valiera tragarse su orgullo de pretendiente rechazado.



De la necesidad, virtud

Si Séneca no hubiese nacido enfermo y con el estómago vulnerable, a lo mejor no habría abrazado el estoicismo. Quien en su juventud puede disfrutar de la vida sin comedimientos y con prodigalidad de placeres no acostumbra a preocuparse por cómo llegará a la sesentena. El mundo contemporáneo también conoce esta distinción entre vi-

talistas libérrimos y morigerados a la fuerza, entre quienes nacieron capaces de sobrevivir al hedonismo y quienes no. Como a Séneca, a estos no les queda otro remedio que resignarse a vivir austeramente. Y si su frustración por no consagrar sus horas a lo dionisiaco fuera demasiada, lo mejor que pueden hacer es acogerse al cinismo de los sarcasmos y de las malas pulgas.

Las redes sociales «de vida expuesta» solo complacen a unos pocos privilegiados: cuerpos bonitos, carteras abultadas, ocios concurridos, admiradores abundantes... Dijérase que *Instagram* es una tentación inventada por el Diablo para hacernos caer en el nada gozoso pecado de la envidia, uno de los pocos pecados que verdaderamente llevan en sí mismos la carga de su penitencia.

En todos los institutos deberían obligar a nuestros adolescentes a aprenderse de memoria la siguiente quintilla de Calderón, al menos para que puedan enfrentarse al exhibicionismo cibernético sin perder la cordura: «En los extremos del hado / no hay hombre tan desdichado / que no tenga un envidioso / ni hombre tan virtuoso / que no tenga un envidiado».

Moderarse en el uso de las redes sociales, lejos de entrañar una virtud ética, es práctica forzosa para quien solo puede salir de ellas frustrado y con las neuronas hechas añicos, lo mismo que Séneca se obligaba a comer poco —apenas como un gorrión— porque digería mal.



La España del 98 que ya no es

En los pueblos de la España interior, esos pueblos sequizos y mesetarios contruidos con austeridad y adobe que en los siglos XVI y XVII se irguieron en la panera y la pañera de Europa; me refiero, claro está, a esos pueblos donde en julio se cosecha el trigo y en agosto se caza la codorniz; donde zurean las palomas torcaces y el gallo ofrece a la hora del alba su magnífico «do» de pecho, los jóvenes buscan parecerse a sus homólogos de la gran ciudad. Incluso los hay que se avergüenzan de que sus abuelos apenas supieran leer y escribir y a los que les carcome el complejo de que sus padres carezcan de estudios superiores.

El problema de aspirar a ser un joven como los de las grandes ciudades cuando se vive en un pequeño pueblo (dotado a duras penas con los servicios más elementales y al que nadie presta atención sino en campaña electoral) es

que uno termina pareciéndose a los jóvenes de los suburbios, imitando su camorrista indumentaria e incorporando su *aquincado* idiolecto (nota: *aquincado* lo hago derivar de «quinqui»).

El *cosmopaletismo* que lleva padeciendo España desde hace más de un siglo, ese que primó el desarrollo de malas ciudades antes que la mejora de los pueblos medianos, ha hecho que no pocos mozalbetes del mundo rural repudien sus raíces y quieran zafarse de ellas. Los universitarios los miran hoy con desdén, por encima del hombro, aunque no sepan cuándo se pican los ajos ni cuándo se arranca la remolacha, mientras el entorno rural va camino de convertirse en un parque temático que ha de ponerse a punto cada mañana de viernes para que lo disfruten, lo ensucien y lo embrutezcan los visitantes capitalinos de fin de semana. Lo peor de la falsa superioridad de los urbanitas es que las gentes del campo se han deshecho de sus muchas virtudes para copiar los no escasos defectos de quienes se arraciman en los polígonos de extrarradio, que es lo más próxima de sí que la corte permite estar a la aldea.

No es que hayan echado a perder el idioma, la templanza o la sabiduría de lo esencial que atesoraban sus ancestros, sino que se han quedado con sus caracteres más ruines y les han añadido los de la España del suburbio: esa otra España que vive en las ciudades sin culminar su integración en ellas y a la que la España institucional y oficialísima, de moqueta, Ibex y discurso regio, vuelve inmisericordemente la espalda.



Servicio y servidumbre

En uno de sus *Cuentos de la Alhambra*, Washington Irving escribe: «Según la costumbre española, en la que el orgullo desplegado está en relación con la generosidad, jamás es despedido un criado imposibilitado, sino que se convierte en una carga el resto de sus días. Es más: sus hijos, los hijos de sus hijos e incluso sus parientes a diestro y siniestro van vinculándolos poco a poco a la familia».

No está bien visto hoy el término «criado». Tampoco la palabra «sirvienta». En sustitución se prefieren sintagmas más largos y asépticos —acaso más rimbombante— como «empleado de hogar». Nada hay en esta denominación que nos inspire ternura, pero tampoco vejamen. Se trata, por el contrario, de un modo burocrático y funcional

de referirse a profesión nobilísima. Al criado se le llamaba así porque se había criado en casa. No era, a diferencia de lo que todavía sostienen algunos idealizadores del tiempo viejo, uno más de la familia. Pero tampoco un extraño. A poco limpios de corazón que fueran los empleadores, al criado se le tomaba cariño; algunos «amos» incluso se postulaban para apadrinar sus bodas, lo exigían, aun cuando tuvieran que desplazar a familiares de mejor derecho. Con frecuencia, hasta costeaban el primer ajuar.

Pocas cosas han hablado mejor de los grandes señores que el cariño de quienes trabajaban para ellos y conocían sus intimidades y manías. La asepsia en el lenguaje, su pretendida pureza, nuestro afán por limpiarlo de connotaciones clasistas, nos ha hecho confundir el servicio con la servidumbre, la asistencia con el empleo en el hogar. Entre el despectivo y estridente «chacha» y el mercantilizante «empleado doméstico» media la virtud de referirse respetuosa y cariñosamente a quienes se criaron en casa y entretuvieron y aleccionaron a los hijos de trabajadores ocupados y de señoritos ociosos. Qué duda cabe de que lo hicieron por dinero, para garantizarse un cobijo o para tener un plato caliente que llevarse a la boca, pero también —y más les valía a ambas partes que fuera así— con amor.

No; ahora los criados ya no se crían en casa. Mas por encima de la utilización de tal o cual término, lo prioritario, lo innegable, lo justo sin duda, es que estén dados de alta en la Seguridad Social. Y por las horas que efectivamente trabajen.



Se necesitan héroes, razón aquí

Los seres humanos necesitamos héroes, héroes de ficción, de carne y hueso o de opereta bufa, pero héroes al fin. Cada uno con su circunstancia, con sus conflictos y con su cosmovisión. Sin embargo, parece que el encumbriamiento artístico de la cotidianidad más anodina los ha arrumbado en el éter. Películas y series (las dos formas más extendidas de consumir ficción) están sobrecargadas de rutinas inverosímiles y de vidas insignificantes pasadas por los espejos curvos y deformadores de la risotada y la genitalidad. El humor y el erotismo son otra cosa.

Tantos excesos de vodevil hacen que los occidentales de a pie no terminemos de encontrar la clave de nuestra época. La ficción española, por ejemplo, se complace en verriondeces y chascarrillos, mientras la crónica de su-

cesos de los principales operadores se recrea en crímenes, perversiones y morboserías varias. Si, en la calle, un ciudadano actúa heroicamente —suponemos que no sin sobreponerse a bastantes dudas y a no menos temores—, la urgencia informativa impone que su minuto de gloria quede reducido a quince segundos de efímeros titulares. Incluso puede suceder que algunos corran a buscar su filiación política, ya sea para utilizarla en provecho propio, ya para insistir en que no era tan bueno como al principio dijeron, por la sencilla razón de que no era de los suyos.

Se echan en falta historias de hombres comunes a los que la vida puso en el conflictivo trance de salir (y salirse) fuera de lo común, hombres y mujeres que hayan visto borrosa la frontera entre el bien y el mal (o entre lo conveniente y lo apetecido), pero que al final supieron de qué lado decantarse. Entre el personaje de John Wayne en *El hombre que mató a Liberty Vallance* y el simpático y mastuerzo Amador Rivas de la serie *La que se avecina*, el primero es el único que tiene algo que enseñarnos (lo que no excluye que el astracán, el sainete o la farsa nos sirvan como recurrentes y entretenidas vías de escape, que no de liberación).



Naranjas y golosinas

Cambian los tiempos, cambian las estructuras y los lujos, como cambia también el significado de las palabras. La médula de la vida, por el contrario, permanece única, firme, inalterable. Los humanos de hoy estamos hechos de

los mismos tópicos que los de ayer, de sus mismas vísceras, de sus mismos huesos. La novedad radica en que ahora los nutrimos con alimentos procesados y con bebidas sintéticas, con saludables alimentos que saben a petróleo y a caucho y a goma arábica.

Hasta hace poco menos de un siglo, el regalo más habitual en la Noche de Reyes era una resma de papel —acaso con un mal lápiz— y dos o tres naranjas. Si la familia era pudiente, es posible que el niño recibiera una escopeta de madera de pino, una de esas escopetas que disparaban un corcho anudado al extremo del cañón, en tanto que a las niñas se las obsequiaba con una basta muñeca. Pero en casi todos los hogares, fuera cual fuere la renta de sus moradores, los niños amanecían con dos o tres naranjas junto a los demás regalos. No había entonces otras chucherías.

Hace tiempo que los niños dejaron de ver las naranjas como un dulce. Comparadas con los regalices, con las gominolas y con los demás comestibles de quiosco, nada encuentran en ellas que les estimule el gusto. Cambian las golosinas, cambian los pasteles y cambia asimismo el sabor agrio del yogur. Pero lo que no cambia es la avidez con que arden los ojos de un muchacho cuando se dispone a abrir un paquete de «chuches» o una bolsa gigante de patatas fritas; tampoco la mirada complaciente y risueña de su madre; menos aún la sonrisa nostálgica y entrañable de sus abuelas.

Cambian los tiempos, cambian las estructuras y los lujos, pero la realidad esencial permanece única, firme, inalterable. ■ ■